

La erosión del espacio público en la ciudad neoliberal

Coordinadora

Patricia Ramírez Kuri

Con la colaboración de
Carmen Valverde Valverde
Karime Suri Salvatierra



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Facultad de Arquitectura
México, 2017

HT127.7

E76

La erosión del espacio público en la ciudad neoliberal / coordinadora. Patricia Ramírez Kuri; colaboradoras. Carmen Valverde Valverde y Karime Suri Salvatierra.-- Primera edición. -- México : unam, Instituto de Investigaciones Sociales : Facultad de Arquitectura, 2017.

873 páginas : il.

isbn: 978-607-02-9923-0

1. Espacios públicos – Aspectos sociales - México. 2. Espacios públicos – Aspectos sociales – Perú - Lima. 3.- Espacios públicos – Aspectos sociales - Argentina. I.- Ramírez Kuri, Patricia. coord. II.- Valverde Valverde, Carmen, colab. III.- Suri Salvatierra, Karime, colab.

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto y de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de las Colecciones del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito de su legítimo titular de derechos.

Primera edición: 2017

D.R. © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad Universitaria, 04510. Ciudad de México.

© 2017, Universidad Nacional Autónoma de
México Facultad de Arquitectura
Ciudad Universitaria, 04510. Ciudad de México.

Con el apoyo del Proyecto papiit-dgapa La Ciudad Neoliberal y Los Derechos Urbanos IG300617 (2017-2019)

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias
Cuidado de la edición: Mauro Chávez Rodríguez
Diseño de portada: Cynthia Trigos Suzán
Formación: Víctor Bravo Aguilar
Fotografía de portada: Stephanie Brewster Ramírez-1916

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-02-9923-0

Índice

Prólogo

María Cristina Cravino..... 11

Introducción

- El espacio público en la ciudad neoliberal

Patricia Ramírez Kuri 39

Desigualdades de género y violencias urbanas en el espacio público

- Cuidados, género y ciudad en la gestión
de la vida cotidiana

Dolors Comas d'Argemir 59

- Trabajo sexual en la calle: un desafío al espacio
público democrático

Marta Lamas 91

- La marcha del orgullo lgbtti en el espacio
público de la Ciudad de México. Transitando
por los caminos de la libertad

Rodrigo Llanos Flores 121

- Género y espacio público. Claves conceptuales para
el estudio de los derechos urbanos de las mujeres

Karime Suri Salvatierra 149

- Percepción de la violencia de género en el espacio público

Juana Martínez Reséndiz 177

- La violencia de género en los espacios públicos.
Un análisis del Metro de la Ciudad de México
Paula Soto Villagrán y Carlos Castro Reséndiz 201

Lugares públicos y actores en conflicto por los derechos urbanos

- Vivienda, centralidad y conflicto en el centro
histórico de Lima
Manuel Dammert Guardia 231
- Representaciones, imaginarios laborales
y espacios del trabajo en la producción del espacio
en la Ciudad de México
Yutzil T. Cadena Pedraza 263
- Ciudadanía, espacio público y conflicto urbano.
Las zonas de desarrollo económico y social
en la Ciudad de México
Socorro Flores Gutiérrez 295
- El bosque de Chapultepec en la ciudad moderna.
Las disputas por el lugar común
Blanca Mónica Garduño Serrano 325
- Pedalear la Ciudad de México: necesidades,
derechos, conflicto y movilidad ciclista
Camilo Francisco Martínez Romero 355
- En el espacio público y ante el círculo
de la (in)movilidad, la accesibilidad múltiple
Margarita Camarena Luhrs 391

- Lo legal y lo legítimo en la contienda
por el espacio público: jardín Guerrero,
Querétaro
*Emiliano Duering Cufre, Carmen Imelda González Gómez
y María Elena Meza de Luna* 429

- Conflictos por el cierre de calles al tráfico vehicular
en el centro histórico de la Ciudad de México
Guillermo Boils Morales 461

- La Merced: Puerta suroriente del centro histórico
Alejandro E. Suárez Pareyón 483

- Espacio público para qué y para quién.
El caso de los Pueblos Mágicos
Liliana López Levi y Carmen Valverde 529

Ciudadanías vulneradas en la disputa por el espacio público

- Revisitando la ciudadanía desde lo urbano:
elementos para una discusión teórica
Luisa Rodríguez Cortés 565

- Las ciudades como constructoras de causas del medio
natural y rural. Activismo ambiental, modelos
productivos y ciudadanías en la Argentina
contemporánea
Gabriela Delamata 597

- De la transgresión a la institucionalización.
 La gráfica política en la reconfiguración
 del espacio público en la ciudad de Oaxaca
Marcela Meneses Reyes e Itandehui Franco 633

- Vida y muerte de un peñasco: El monumento a la piedra
Hugo José Suárez 661

- Espacios públicos y derecho al juego: el caso
 de la ciudad de Puebla
Eduardo Lugo Laguna 683

- Corrupción e impunidad, la marca de la cdmx.
 La política urbana y la violación sistemática
 de los derechos humanos
Ma. Cristina Sánchez Mejorada Fernández 711

- El derecho a la ciudad en la Ciudad de México:
 de la teoría a la realidad
Miguel Ángel Ramírez Zaragoza 751

- La ciudad rescatada y el ciudadano vulnerable.
 Los límites del cosmopolitismo urbano y la disputa
 por el espacio público en la Ciudad de México
Luis López 793

- Ciudadanías periféricas. Desigualdad, pobreza
 y fragmentación en los márgenes urbanos
María Cristina Bayón 815

- Ciudad, memoria, miedos y deseos
José Manuel Valenzuela Arce 845

Representaciones, imaginarios laborales y espacios del trabajo en la producción del espacio en la Ciudad de México

Yutzil T. Cadena Pedraza¹

Comprender la conformación actual de la Ciudad de México, así como sus complejidades y problemáticas, implica analizar la diversidad de procesos desde diferentes enfoques y dimensiones. En este capítulo se considera la dimensión simbólica del trabajo² —desde un enfoque social y antropológico— para comprender las problemáticas de la vida social y urbana, y el proceso de construcción-producción de la ciudad.

Para entender la relación entre la dimensión simbólica del trabajo y la construcción-producción de la Ciudad de México se proponen dos ejes de análisis: la trayectoria del trabajo, en diferentes momentos históricos de la ciudad, y el trabajo mismo, desde la experiencia y subjetividad de sus habitantes. Estos ejes, basados en material bibliográfico y etnográfico, presentan transformaciones sociales y urbanas donde se observará que el trabajo —resultado del esfuerzo de hombres y mujeres— le ha conferido sentidos, dinámicas, ritmos y espacialidades a la ciudad, aunque no siempre igualitarios y equitativos para todos.

¹ Doctora en ciencias antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana. Becaria posdoctoral del Instituto de Investigaciones Sociales.

² La dimensión simbólica del trabajo se refiere a las formas que le atribuyen un sentido al trabajo, ya sea para determinar su práctica o para argumentar la realización del trabajo propio con respecto al ajeno. Tomo de la antropología estructuralista y simbólica las aportaciones de Sahlins (1997) y Leach (1985) para entender la construcción social y cognitiva de lo simbólico como lo que les da soporte a los modos de vida (culturas) y cómo se materializa.

Se retoman dos conceptos: *ciudad* y *trabajo*, ambos con una trayectoria de discusión y análisis desde las ciencias sociales. El concepto de *ciudad* transcurre y se adecúa conforme van emergiendo y se van transformando las distintas ciudades del mundo. Una definición que marcó la mirada social, retomada para este estudio, fue la propuesta de 1938 de Louis Wirth (2005), quien plantea que cada ciudad, como ente material y social, se caracteriza por su densidad, tamaño y heterogeneidad, y se integra por dos procesos: la urbanización y el urbanismo. El primero se refiere al proceso que hace posible el desarrollo, la extensión, la concentración de servicios, las actividades, la infraestructura, los medios de transporte, de comunicación, los equipos culturales, recreativos, de educación y más. El segundo, el urbanismo, o lo urbano, se refiere a los rasgos que componen las características de las ciudades, es decir, los diferentes modos de vida, de estar y vivir en la ciudad.

En México, los estudios laborales han registrado principalmente los cambios originados de manera intensa con la reestructuración productiva en el último tercio del siglo xx: la desindustrialización, el incremento del desempleo, la flexibilización, la precariedad, la vulnerabilidad laboral y el crecimiento del sector terciario. La mayoría de estos estudios parten de una noción de trabajo que lo refiere básicamente a una actividad que se realiza por una remuneración económica, un salario, referida como la venta de fuerza humana de trabajo. Desde enfoques más socioculturales se exalta su necesidad, su función social, sus aspectos técnicos y tecnológicos, y sus implicaciones en las relaciones sociales, tomando en cuenta sus dimensiones objetiva y subjetiva (Friedmann, 1961 y 1992; Nieto, 1997; Garza, 2007).

Sin embargo, para el estudio de la dimensión simbólica del trabajo se utiliza el planteamiento que Karl Marx hace en los *Manuscritos filosóficos y económicos de 1844*, publicados por primera

vez en 1932 (Marx, 2001). Si bien ahí señalaba que en el proceso de producción bajo el sistema capitalista se generaban procesos de enajenación (desposesión), y con ello la desvalorización del mundo humano (Marx, 2001: 58-63),³ también sostenía una concepción más compleja sobre la actividad del hombre, que llamó *actividad vital consciente y libre*. En esta concepción, *el trabajo sería representado por la fuerza humana*, y señalaba que el hombre iba más allá de su estado animal, pues se distinguía de los demás animales porque produce no sólo para satisfacer sus necesidades inmediatas, sino también libre de necesidades físicas. Así Marx, reconocía que el hombre, en su hacer, puede reproducir la naturaleza entera, crear mediante su propia vida activa y según las leyes de la belleza, donde la naturaleza aparece también como su obra y realidad. Con estos conceptos, el interés sobre el trabajo y la ciudad se centró en las maneras de percibir, representar e imaginar el trabajo en la ciudad, y cómo impulsan o motivan a las personas para realizarlo, conservarlo, anhelarlo, rechazarlo, cambiarlo o buscarlo.

El trabajo en y de la ciudad

En la Ciudad de México, menos de la mitad de su población se encuentra ocupada (43%), de la cual, casi 60% son hombres. Del total de la población ocupada, una gran mayoría trabaja de manera asalariada, es decir, recibe un salario por su actividad, mientras que una minoría lo hace por cuenta propia. Además, la mayoría

³ Más tarde, en *El capital* (1980), se enfocaría a desenredar los hilos con los que la economía política sostendría el pensamiento capitalista; a primera vista, sus aportes a la comprensión de los procesos económicos parecerían alejarlo de una concepción más humana del trabajo, pero considerando sus obras y el análisis que realiza sobre el trabajo en el marco del régimen capitalista, es el más elaborado de las ciencias sociales y contribuye al entendimiento académico y social de las transformaciones en las formas de producir (trabajar) a partir de la revolución industrial.

labora en el sector de servicios (37%), en el comercio (22%) y la industria manufacturera (16%), y en menor medida en el sector de la construcción (6.9%), en el transporte público (6.8%), en el gobierno y en organismos internacionales (6%), entre otros.

El salario mínimo en la Ciudad de México, como en todo el país, es menor a cuatro dólares diarios por ocho horas de trabajo (menos de lo que pagan por una hora en Estados Unidos), cantidad que resulta insuficiente para el abasto básico del trabajador y su familia. Por esta razón, continuamente se puede escuchar en los medios de información (impresos o electrónicos) y en las pláticas cotidianas el descontento por los bajos salarios de la gran mayoría de los trabajadores, en comparación con los altos salarios que ganan las personas o los políticos que ocupan puestos de alto rango en las instituciones públicas o en partidos políticos, así como los empresarios que dirigen las grandes empresas nacionales o transnacionales.

Además de la desigualdad salarial, el Inegi calcula en 15% la tasa de desempleo para la ciudad, mientras las personas afirman que las oportunidades de encontrar un “buen trabajo”, en el que se pueda obtener seguridad social, son casi nulas. Esto ha representado desde hace décadas un problema social importante. Por otra parte, en las formas de trabajar u ocuparse, se calcula una tasa de 32% de población en actividades del “sector informal”, es decir, en el comercio ambulante, en la preparación de alimentos y otros servicios ofrecidos en la vía pública, así como en industrias caseras y artesanales; sin embargo, al calcular y considerar a la población ocupada en un trabajo no protegido, en alguna actividad agropecuaria, en el servicio doméstico remunerado en hogares y subordinado, aunque se realice para unidades económicas formales, se observa que se realiza bajo modalidades en las que se elude el registro ante la seguridad social y la tasa aproximada de “informalidad en el empleo” —cálculo sugerido por la Organización

Internacional del Trabajo (oit)—asciende a casi 53%, es decir, más de la mitad del trabajo en la ciudad tiene características de informalidad.

Estas problemáticas —considerando sólo el trabajo remunerado económicamente— han provocado que el uso de la noción de “precarización laboral” aumente, designando o englobando los aspectos que vulneran a los trabajadores. La oitha definido como “trabajo precario” al que genera incertidumbre por su duración, que implica la presencia de varios empleadores, una relación encubierta o ambigua que imposibilita el gozo de protección social y de beneficios que deriven del empleo, que el salario sea bajo y existan diversos obstáculos legales y/o prácticas para afiliarse a un sindicato y negociar colectivamente. De ahí que, por sus características, las ocupaciones clasificadas en el sector informal sean frecuentemente las más asociadas al trabajo precario. Además, políticamente ha habido una constante *lucha* o *pugna* entre las autoridades, algunos habitantes y los comerciantes ambulantes por el uso del espacio público.

El término “trabajo precario” ha comenzado a ser más usado para designar las condiciones de distintos tipos de trabajo y no sólo los que integran el sector informal. Desde 2010 se registra que la profesionalización y la escolaridad técnica han ido en aumento en la población, lo que irónicamente se ha transformado, junto a la falta de buenos empleos, en un problema de sobrecalificación. Una gran parte de los profesionistas tiene empleo por contratación eventual o por proyecto, o decide trabajar por cuenta propia (*free lance*), lo que impide generar antigüedad y contar con un trabajo a largo plazo que permita una jubilación. Esto va debilitando paulatinamente la idea de tener un futuro estable, que acompañaba la obtención de un trabajo formal o el desempeño de una profesión. Esta problemática no es específica de la ciudad.

La oit también formuló la definición de “trabajo decente” para señalar las condiciones óptimas que se debían cubrir. Este organismo considera el trabajo como fuente de dignidad para resumir las aspiraciones de las personas durante su vida laboral, para lo cual formula algunos aspectos que deben proporcionárseles: oportunidad de obtener un trabajo productivo, ingresos suficientes para satisfacer las necesidades básicas de los trabajadores y trabajadoras y sus familias, protección y condiciones de libertad, igualdad, seguridad y dignidad humana.

Como se ve, la situación laboral no es nada reconfortante, ni óptima, con respecto a los parámetros internacionales que la oit señala. Hasta el momento se han vinculado las características de la informalidad con la precariedad laboral, sin cuestionar las ideas que acompañan al trabajo formal. El Estado lo ha usado sólo discursivamente como el ideal de lo que debería ser el trabajo, pero no ha construido las condiciones jurídicas para asegurar su aplicación. Por otra parte, es notorio en las experiencias personales que, pese a la negatividad y precariedad de la informalidad laboral, en la práctica se sigue produciendo, e incluso se anhela y se promueve. Por lo tanto, una primera pregunta sería: ¿cómo y cuándo fueron surgiendo el trabajo formal y el trabajo informal en esta ciudad?

Revisando la trayectoria del trabajo en la ciudad podemos ubicar el origen del trabajo formal en la primera mitad del siglo xx, durante el periodo posrevolucionario recordado como *el cardenismo* (1934-1940). Éste fue un periodo relativamente corto que implicó muchos cambios y la aplicación de reformas para el mejoramiento de los sectores populares y de la clase trabajadora. Las prioridades de sus políticas eran la nacionalización del país y las acciones que permitieran su industrialización. Para lograrlo se legitimó y apoyó la agrupación sindical y campesina, impulsando

la creación de la Confederación de Trabajadores de México (ctm) y de la Confederación Nacional Campesina (cnc).

Si bien la principal ocupación de la población seguía siendo el trabajo doméstico, hubo un ligero crecimiento en las actividades de la industria, el comercio y la administración pública en comparación con una década anterior. Los trabajadores de la administración pública de la ciudad mantenían una posición intermedia en la escala social y la figura del obrero empezó a visibilizarse y tuvo auge (1951-1976) junto con el crecimiento de la ciudad como metrópoli, y como la ciudad industrial más importante del país (Nieto, 1997).

El respaldo del Estado al trabajador se convertiría en un antecedente y una iniciativa que marcaría, en adelante, las formas de concebir el trabajo. Las reformas propuestas desde 1940 buscaron que junto al trabajo se concibiera el derecho a la salud, a la vivienda y a una jubilación, de manera que los trabajadores de cualquier empresa privada debían estar afiliados al Instituto Mexicano del Seguro Social (imss)—creado en 1943 por decreto oficial—, y más tarde, de la misma manera, los trabajadores del Estado también fueron beneficiados con esta legislación, asegurándolos por medio de la inscripción obligatoria al Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los trabajadores del Estado (issste)—creado en 1959—. Con estas reformas se sentaron las bases de un *Estado de bienestar*, en donde el gobierno administraba y se encargaba de guiar las fuerzas económicas y productivas del país, al menos así se recuerda en la memoria histórica del país y en la experiencia de vida de algunas personas que vivieron esa etapa. Estas condiciones gestaron la noción de *trabajo formal* como una vía para contar con estabilidad y seguridad social.

Con estos cambios, la imagen que surgió fue la de una ciudad próspera, que registró de 1930 a 1940 un aumento de más de 30% en la población. Esto se relacionó con el incremento de la

natalidad y las migraciones internas que arribaron desde principios y hasta mediados del siglo xx en busca de trabajo y mejores condiciones de vida.

A partir de ese periodo se puede observar la gestación del trabajo formal, que aún sigue vigente a pesar de los cambios en las políticas económicas y la desaparición de muchas de las estructuras e instituciones que le dieron soporte. Como contraparte al trabajo formal se construyó la idea del trabajo informal, acompañado de representaciones menos positivas, como la del comercio ambulante, la pérdida de seguridad social y la falta de estabilidad laboral. Sin embargo, en la trayectoria histórica del trabajo en la ciudad se observa que la práctica de la informalidad laboral surgió mucho antes que el ideal del trabajo formal. Asimismo, para reflexionar sobre la práctica de la informalidad, antes que atribuirle una explicación utilitarista diciendo que se da por necesidad, o que se mantiene porque las personas no tienen otras opciones, se prefiere una concepción de sujetos con capacidad de resiliencia, de resistencia, de acción, y no sólo que reproducen pasivamente las normas o que actúan sin impulso propio.

Con las distinciones y normas que acompañaron a cada transformación de la ciudad surgieron clasificaciones del trabajo, o las alimentaron, acentuando la aceptación y el prestigio social de algunos oficios u ocupaciones y estigmatizando otros. Por ejemplo, durante la organización gremial, cuando la ciudad se consideró la capital de la Nueva España, durante los siglos xvi al xviii, la forma aceptada del trabajo fue el ejercicio de un oficio (la producción) y la integración a un gremio, en el caso de los hombres, y la dedicación al trabajo doméstico y el apoyo en los talleres, en el caso de las mujeres. Durante ese régimen laboral, la protección social y religiosa la proporcionaban el gremio y su cofradía, instituciones que legitimaban y protegían el trabajo, mientras que la actividad

del comerciante fue rechazada y estigmatizada socialmente, pues se le concebía más como usurero.

De este ejercicio del trabajo aún subsisten formas de aprender y desarrollar algunos oficios, como el de albañilería, el de zapatero, el de herrero, incluso el de mecánico, por nombrar algunos, pero con la desaparición de los gremios, como institución política y religiosa que regulaba el trabajo, y el libre ejercicio de la actividad a partir del siglo xix, la mayoría es parte de la informalidad laboral, pues casi siempre son ejercidos por cuenta propia y sin las mínimas protecciones sociales, a la deriva de la libre demanda.

Posteriormente, con las transformaciones económicas y políticas que se incorporaron con la modernización urbana en las formas de organización y legitimación del trabajo, la actividad comercial no fue mal vista; por ejemplo, durante el porfiriato fue reconocida como una de las formas de trabajo, siempre y cuando no se realizara en la vía pública; es decir, en la calle. Durante ese periodo, a la complejidad de la organización social del trabajo se le sumaron ciertas normas de sanidad, establecidas desde el Estado, y principalmente en el contexto urbano. Con esta normatividad se originó una transformación de los paisajes naturales que aún se contemplaban en la ciudad; sus áreas verdes y ríos fueron pavimentados y entubados y los trabajos se clasificaron y diferenciaron como “dignos” e “indignos”.

Por ejemplo, las actividades dedicadas a la agricultura, la minería, el comercio, las profesiones liberales y la industria eran legitimadas como trabajos dignos y honestos, mientras que las independientes eran consideradas como improductivas o de vagos, como las realizadas en la calle: la venta de alimentos y/o bebidas, ropa, artículos usados, periódicos; la recolección de basura y la prostitución; los servicios como cargadores, mecapaleros, boleros, etc. La pobreza era asociada a la ausencia de actividades productivas dentro del modelo industrial o el intercambio capita-

lista, calificando a quienes las ejercían de informales, marginados, inferiores, tradicionales, vagos, callejeros, *malentretendidos*, migrantes campesinos con valores premodernos o precapitalistas (Barbosa, 2008). Por su parte, los trabajos domésticos seguían siendo la segunda actividad más realizada, desempeñada casi en su totalidad por mujeres. Y en tercer lugar se encontraban las labores dedicadas a la industria, las cuales iban creciendo y eran ocupadas principalmente por hombres.

De la misma manera que la actividad comercial y la figura del comerciante se fueron modificando en cuanto al reconocimiento social, las actividades industriales y la figura del obrero han transitado por transformaciones. Ubicamos su origen en esta ciudad en el periodo posterior a la guerra de Independencia, en los inicios del siglo xix, después de la anulación del sistema gremial, cuando el Estado, con el surgimiento de la revolución industrial, otorgó concesiones a empresarios y obreros para establecer fábricas y ejercer la actividad libremente. De esta manera, la figura del artesano se diluía al abandonar los talleres —perdiendo su categoría de artesano y el auxilio social de su gremio y cofradía— e ingresar a las fábricas, donde las jornadas de trabajo duraban de doce a catorce horas y los salarios eran muy bajos.

Durante el siglo xix, las actividades artesanales y manufactureras continuaron siendo la principal ocupación, aunque muchas se realizaban en la periferia de la ciudad, mientras que los servicios se establecieron, en su mayoría, en la parte central. La producción artesanal y de manufactura se concentraba principalmente en la producción de los textiles, zapateros y carpinteros, y los servicios los ocupaban criados, sirvientes y domésticos, hasta alcanzar 84%, y el resto los cargadores, aguadores, cocheros, porteros y lacayos (Pérez, 2011).

Cuadro 1
Distribución de los trabajadores por actividad y ubicación
urbana en la Ciudad de México en 1842

<i>Actividades</i>	<i>Centro %</i>	<i>Periferia %</i>	<i>Total</i>
Artesanales y manufactureras	34.6	65.4	13 696
Servicios	64.5	35.5	11 608
Militares	56.0	44.0	8 461
Comerciales	46.6	53.4	6 618
Profesiones liberales	62.2	34.8	3 475
Primarias	31.9	68.1	934
Servicio público y gobierno	51.7	48.3	404
Religiosas	53.2	46.8	301
Otras	36.0	64.0	189

Fuente: *Trabajadores, espacio urbano y sociabilidad en la ciudad de México, 1790-, 1867*, de Sonia Pérez (2011).

No fue sino hasta la etapa posrevolucionaria que a la figura del obrero se le otorgaron ciertos beneficios sociales y creció como actor social; como ya se dijo, tuvo su auge entre 1951 y 1976, e incluso se hablaba de la *clase obrera*. Con esta forma del trabajo y la figura del obrero en la ciudad, las agrupaciones sindicales retomaban algunos de los beneficios que un gremio otorgaba a sus integrantes, pero con otras características; esta forma del trabajo dignificaba y permitía cierta estabilidad para los trabajadores y sus familias.

Sin embargo, su decadencia llegó con las transformaciones del modelo económico que implementó el Estado entre 1977 y 1991 con bruscas devaluaciones de la moneda, la privatización de algunos sectores económicos y la instauración del libre mercado, que llevó a la quiebra a muchas empresas y fábricas nacionales (Nieto, 1997). En la ciudad, la población se triplicó de 1950 a 1980, pasando de casi nueve millones de habitantes a 23 millones. La población económicamente activa creció, de igual manera, de un millón a más de cuatro millones, siendo en su mayoría hombres

(75%). La ciudad se había extendido para entonces y sus periferias ya alcanzaban parte de algunos municipios del estado de México, lo que se denominó como *proceso de metropolización*; así, para 1970 la zona metropolitana de la ciudad de México quedó integrada por 12 delegaciones del Distrito Federal y 11 municipios del estado de México, siendo considerada la metrópoli más grande del país y de América Latina. Con estas transformaciones demográficas, para 1970 la principal ocupación se desarrollaba en fábricas o talleres. La diferencia entre estas entidades era que en el Distrito Federal una gran mayoría se encontraba laborando en el sector de servicios y como trabajadores administrativos y de oficina, mientras que en el estado de México la mayoría se encontraba trabajando en el sector agropecuario, además del industrial y artesanal, y en menor medida en los servicios. Estas diferencias laborales influyeron en las imágenes sobre la ciudad como un espacio urbano-moderno y su periferia como uno rural.

Cuadro 2
Distribución de la población económicamente activa (pea)
de la Ciudad de México por ocupación principal, 1970

<i>pea</i>	<i>Distrito Federal</i>	<i>Estado de México</i>
	2 230 986	991 773
<i>Ocupación</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Porcentaje</i>
Profesionales y técnicos	10.9	4.7
Funcionarios y directivos	5.4	2.1
Trabajadores administrativos y de oficina	16.6	7.4
Comerciantes y trabajadores ambulantes	11.2	7.6
Trabajadores agropecuarios	2.1	29.3
Artesanos y obreros	29.1	30.1
Trabajadores en servicios diversos (incluyendo conductores de vehículos)	21.6	12.7
No especificado	2.7	6.1

Fuente: Inegi, IX Censo de Población y Vivienda 1970.

Sin embargo, en la historia de la ciudad también se recuerdan varios procesos surgidos tras el terremoto de 1985 que modificaron no sólo la dinámica social, sino también su demografía, su imagen física y, una vez más, su extensión. En 1990 se registra un freno en el ritmo de crecimiento de la población en el Distrito Federal, y con ello una disminución de la población económicamente activa de un poco más de 10% respecto a las décadas pasadas. Simultáneamente se registra un crecimiento de la población total y un aumento en la población económicamente activa del estado de México de hasta 448%, y un incremento de las salidas del Distrito Federal hacia las periferias de la zona metropolitana de la ciudad de México (principalmente a los municipios cercanos del estado de México), lo que se denominó como “movilidad residencial intrametropolitana” para describir la expulsión de población de la mayor parte de las delegaciones del Distrito Federal hacia un conjunto de municipios vecinos. Así, la zona metropolitana de la ciudad de México llegó a conformarse por las 16 delegaciones del Distrito Federal y 27 municipios conurbados (Duhau y Giglia, 2008).

De esta manera, las formas en que el trabajo se ha expresado y llevado a cabo en la ciudad de México en cada momento histórico se caracterizan por las transformaciones en las estructuras mediante las cuales se establecen o instituyen formas de relacionarse socialmente, aunque, como veremos más adelante, las personas aportan desde su experiencia su propia interpretación. Si pudiéramos sintetizar la trayectoria del trabajo en la ciudad habría que resaltar cinco momentos históricos que han dotado de complejidad al trabajo actual en la ciudad (tabla 1).

Tabla 1
El trabajo en la construcción de la Ciudad de México,
siglos xvi-xx

<i>Ciudad</i>	<i>Formas del trabajo</i>	<i>Características</i>
<i>Novohispana,</i> etapa colonial, siglos xvi-xviii.	Organización gremial. <i>Ideal:</i> el oficio se ejerce con el respaldo y pertenencia a un gremio. <i>Artesanal:</i> productivo. <i>Comercio:</i> improductivo.	La ciudad fue capital de la Nueva España. En el centro se concentraban los principales edificios y residencias de la población española. La división del trabajo estaba marcada fuertemente por el género: los hombres aprendían un oficio, las mujeres ayudaban y se encargaban del trabajo doméstico. El acceso de los hombres a los oficios dependía de su ascendencia étnica (indígena, europea, africana). Los oficios se organizaron por calles en la zona centro de la ciudad.
<i>Poscolonial,</i> etapa de posguerra de Independencia, 1810-1876.	Reformas liberales. <i>Ideal:</i> ejercer oficio o profesión libremente. <i>De servicio:</i> improductivo. <i>Militares y burocráticos:</i> improductivo.	Infraestructura escasa en la ciudad. Con la guerra aumentaron los pues- tos en la milicia y la administración; el trabajo doméstico se realizaba en su mayoría por mujeres, como sirvientas y criadas. El trabajo al servicio del país, de un patrón o de Dios aseguraba la perma- nencia y estancia en la ciudad.

Tabla 1 (continuación)

<p><i>Moderna</i>, etapa del porfiriato, 1877-1910.</p>	<p>Privatización industrial y normas de sanidad. <i>Ideal</i>: el trabajo es motivo de dignidad. <i>Obrero</i>: descalificado. <i>Comercio, profesiones libres</i>: limpio, digno y productivo. <i>Ocupaciones en vía pública</i>: sucio, indigno e improductivo.</p>	<p>En la ciudad se inició un proceso de urbanización; se entubaron ríos y lagos, se pavimentaron avenidas principales y se construyeron más colonias. Abarcaba lo que actualmente se conoce como el centro histórico de la ciudad. La ciudad es emblema de moder- nidad y limpieza, contra la imagen del campo como sinónimo de atraso social y suciedad. Para estar adecuadamente en la ciudad no se debía trabajar en la calle. Las ocupaciones que se realizaban en las calles eran consideradas para vagos, callejeros y campesinos.</p>
<p><i>Próspera</i>, etapa posre- volucionaria, 1920-1979.</p>	<p>Industrialización nacio- nale intentos para crear Estado de bienestar. <i>Ideal</i>: el trabajo otorga seguridad y estabilidad social. <i>Industrial</i>: obrero cali- ficado. <i>Burocrático</i>: empleado, oficinista. <i>De servicios</i>: profesiones y técnicos. Trabajo formal.</p>	<p>La ciudad triplicó su población, la mayoría por migraciones internas (provenientes de otros estados del país), que se ubicaron en mayor proporción en las periferias de la ciudad, constru- yendo nuevas colonias y municipios. La mancha urbana se extendió más allá de sus periferias, integrándose así la zona metropolitana de la ciudad de México. La ciudad se percibe como lugar de destino en los procesos migratorios. La mayoría de la población migran- te llegó a la ciudad en busca de trabajo, y en menor medida por estudios, que representaron el medio para alcanzar el bienestar.</p>

Tabla 1 (continuación)

<p><i>Transnacional</i>, etapa de libre mercado, de 1980 a la fecha.</p>	<p>Firma del Tratado de Libre Comercio y reformas para la privatización de empresas estatales.</p> <p><i>Ideal</i>: El trabajo es fuente de riqueza, es flexible y da acceso a la globalización.</p> <p><i>Deservicios</i>: por cuenta propia, <i>free lance</i>, emprendedor, empleado flexible y asalariado.</p> <p><i>Comercio</i>: autoempleo, ambulante.</p> <p>Trabajo informal.</p>	<p>La ciudad sigue extendiendo sus límites urbanos, pero se ha convertido más en espacio para el trabajo, pues la mayoría de quienes laboran en ella duermen y residen en sus periferias.</p> <p>Se implementa una estrategia mediática y de mercadotecnia para producir una ciudad global y turística.</p> <p>La ciudad se torna en lugar de paso y de retorno en los procesos de migración.</p> <p>Se calcula un aumento en la informalidad laboral. Esto se da a partir de sumar a la tasa de población ocupada en el sector informal (población con ocupaciones en vía pública) la tasa de informalidad en el empleo (población ocupada en un trabajo no protegido).</p>
--	--	--

Fuente: Elaboración propia.

Cada momento del trabajo en la ciudad no podría pensarse de manera separada; se mantienen rasgos de cada uno, pues forman parte de los cimientos materiales y simbólicos con los que se continúa realizando el trabajo. Así, las formas del trabajo en la trayectoria de la ciudad permiten observar que la informalidad (el trabajo no protegido o realizado por cuenta propia) ha sido en cada momento histórico una constante a la que se ha intentado normar, erradicar y estigmatizar. Por esta razón, detenernos en las experiencias, las representaciones y los imaginarios sociales de las personas permitirá reconocer elementos para la reflexión sobre el trabajo, la informalidad y la actual precarización del trabajo.

Representaciones e imaginarios sociales del trabajo

La dimensión simbólica del trabajo se expresa en diferentes escalas de la realidad social. En el apartado anterior se abordó una escala social mayor a la que se pretende exponer en este apartado: la subjetiva, es decir, las maneras en que las personas perciben el trabajo, atribuyéndole múltiples y diversos sentidos o significaciones que motivan su desempeño, para lo cual se pretendió un acercamiento a los imaginarios sociales,⁴ a través de la observación y el análisis de las representaciones sociales del trabajo,⁵ que le han dado un soporte simbólico para su acción social.

Para lograrlo se buscó un acercamiento —mediante entrevistas a profundidad, observación etnográfica y entrevistas con

⁴ El imaginario laboral es un constructo abstracto que se materializa en el hacer social y en la representación o decir social (Castoriadis, 1983 y 1989). Estos imaginarios se fundamentan y soportan en significaciones e imágenes que se producen del trabajo y del trabajar que no pueden ser explicadas o representadas de una sola forma, pero sí por su construcción simbólica y social. Funcionan como estructuras simbólicas que les dan orden y congruencia a las formas de pensar y las prácticas derivadas del trabajo en relación con diferentes aspectos de la vida (Nieto, 1998).

⁵ Para comprender y analizar las representaciones sociales se retomaron las definiciones de Vergara (2000) y Jodelet (2008), entendidas como el conjunto de saberes que resultan de procesos constituidos por elementos informativo-cognitivos, ideológicos y normativos, por creencias, valores, actitudes, opiniones e imágenes que se organizan y estructuran para expresar (verbalmente o no) el trabajo. Jodelet propone identificar tres niveles de análisis para el estudio de las representaciones: el subjetivo, el intersubjetivo (social) y el transubjetivo; aunque los tres niveles se relacionan, el primero hace referencia a los aspectos del trabajo que se construyen como significados, sensaciones, intereses, deseos y emociones; el segundo nos remite a las construcciones que se elaboran en interacción con los otros, donde la alteridad aporta a las representaciones del trabajo elementos de coincidencia o diferenciadores en los procesos de significación o resignificación, y el tercero permite observar lo que es común para los miembros de un colectivo, de una sociedad, y el espacio social y público en donde circulan esas representaciones.

aplicación de ejercicios de asociación libre— a los saberes, las creencias, los valores y las actitudes que las personas tienen y expresan todos los días al acudir a trabajar, al realizar el trabajo, al evaluarlo, al hablar de él, incluso al buscarlo o anhelarlo, para identificar así la mayor cantidad de representaciones sobre el trabajo. En esta exploración se expresa la importancia del trabajo para las personas, no sólo porque se tiene una retribución económica o se cubren las necesidades básicas; las personas deciden trabajar también porque la actividad las hace sentir bien y les da satisfacciones, porque les agrada sentirse en un ambiente donde se pueden relacionar con otras personas o porque adquieren aprendizajes. Incluso las personas que desempeñan un trabajo socialmente estigmatizado (como la albañilería) ven en su trabajo cualidades nobles y divertidas y que les dan satisfacciones personales.

En las representaciones sobre el trabajo se ubican tres formas de entenderlo: *a*) es todo lo que requiere esfuerzo, *b*) se refiere a las actividades u ocupaciones por las cuales se obtiene una remuneración económica o material (es un medio), y *c*) es la actividad o misión que buscamos en la vida, lo que se logra ser o tener (es un fin). Estas formas de concebirlo no son específicas de alguna actividad u ocupación, y adquieren cuerpo, color, textura, espacialidad, temporalidad, emociones y sensaciones de acuerdo con la configuración que se elabore entre los distintos ámbitos que integran sus representaciones.

Por ejemplo, Pablo y Guadalupe, originarios ambos de Guajalajara, migraron a la ciudad de México en los años sesenta, y aquí se conocieron y casaron; desde entonces, Guadalupe ha trabajado como empleada doméstica, y Pablo trabajó como obrero en una fábrica. Comentan que a sus hijos les quisieron dar estudios, pero a Juan (el hijo) le disgustó la escuela y sólo terminó la secundaria; Flor (la hija) terminó el bachillerato, pero no concluyó porque se casó. Juan, en la ciudad, siempre buscó “chambitas”, vendiendo

dulces, haciendo mandados o empleándose en algún puesto sobre la vía pública. Por su parte, Flor comentó que siempre se ha dedicado al hogar, al cuidado de sus hijos y nunca ha tenido un trabajo remunerado.

Con el tiempo y la situación laboral, Juan decidió migrar en los años noventa a Estados Unidos, donde actualmente radica y se dedica a la construcción, mientras que Flor se encuentra en un proceso de divorcio. Esta situación le ha provocado un conflicto con su madre sobre el tema del trabajo. Guadalupe sostiene que “si Flor hubiera estudiado, ahora podría buscar un trabajo, y no como yo, que como no estudié no pude tener un trabajo; sólo he podido hacer aseo en casas”.

En su representación, Guadalupe no concibe las actividades domésticas (remuneradas y no remuneradas) como trabajo, a diferencia de sus hijos, quienes le han pedido que deje de trabajar (de hacer aseo en casas), insistiendo en que dedique su tiempo a descansar, a disfrutar de otras cosas, y vivir con lo que percibe por la renta de un departamentito que construyó en el segundo piso de su casa, pero ella se resiste, contestando que “ya sólo voy tres veces a la semana, hago mi quehacer y me regreso... así me distraigo, me gusta y gano unos centavitos”. Pablo, por su parte, es pensionado y le gusta estar en su casa; todos los días sale a comprar el periódico o caminar; no le gusta viajar, a diferencia de Guadalupe (quien visita a su hijo dos o tres veces al año). Cuando Pablo habla de su trabajo en la fábrica, cuenta que en alguna ocasión un vecino se refirió a su trabajo despectivamente, llamándolo “trabajito de obrero”, pero al pasar de los años, haciendo su propia reflexión y a manera de contestación dice: “Pero ve, gracias a mi trabajito de obrero ahora tengo mi pensión cada mes, tengo mi casita y no tengo que preocuparme”.

En algunas pláticas con la familia se recuerdan las dinámicas de cuando los padres trabajaban y todos vivían juntos. Resaltan

las adaptaciones en torno a los horarios de trabajo de Pablo en la fábrica, pues cuando le tocaba el turno de la noche, antes de partir, la familia se reunía para cenar, y por las mañanas, cuando regresaba, las actividades en la casa disminuían para que pudiera descansar. En el relato se puede observar que las representaciones del trabajo en una misma dinámica familiar pueden compartirse o no, causando tensión entre las formas de actuar. Por su parte, la división sexual del trabajo normaliza la relación entre las mujeres con respecto a las actividades domésticas (remuneradas o no) y a los hombres con respecto a las actividades realizadas fuera de casa. En este caso, el cuestionamiento que hace Guadalupe a Flor no es por su dedicación al hogar, sino por no haber concluido los estudios para poder conseguir (en sus condiciones actuales de divorcio) un trabajo remunerado.

Las asociaciones simbólicas van marcando pautas de comportamiento social entre el género, los tipos de ocupación y los espacios para su realización, así como en los procesos de resistencia o resiliencia, señalando a su transformación, como se pudo observar en el caso de la profesión de arquitectura en la ciudad.

Un ejemplo de la transformación de la relación simbólica entre el género y la arquitectura se observa en la experiencia de Angélica, de 62 años, arquitecta de profesión. Cuenta que es originaria de Tamaulipas, pero en una visita a la ciudad, cuando tenía 12 años, se quedó muy impresionada con la Universidad de Chapingo, y quiso estudiar agronomía. Dice que al regresar de ese viaje le comentó a su abuelo su deseo, pero “como él era el patriarca de la casa me dijo que no, que escogiera una carrera adecuada a mi sexo, porque agronomía era andar en el campo, ¿y cómo yo iba estar en el campo? ¡Con campesinos!” Luego de ese episodio, Angélica decidió estudiar arquitectura, aunque también tenía la opción de ingeniería civil, como la mayoría de sus compañeros, pero para entonces anhelaba viajar a la ciudad de México y estu-

diar arquitectura. Además, cuando se lo plateó a su abuelo, le dio su consentimiento, y se puso muy contento porque “ésa sí era una carrera para mujeres, porque era estar sentada en un escritorio y no en el fango con los campesinos”.

Sin embargo, cuando ingresó a la universidad, en los años sesenta, se dio cuenta de que la arquitectura era cursada mayoritariamente por hombres. Esto cambió con el tiempo. Angélica se casó cuando aún no terminaba la carrera, por lo que abandonó por un tiempo los estudios para dedicarse a sus dos hijos. Los retomó después (cinco años más tarde) y se sorprendió al ver que cada vez más mujeres estudiaban esa profesión.

Esto es un ejemplo de las imágenes o las características que se les atribuyen a las diferentes ocupaciones o trabajos en contextos históricos determinados, aunque su permanencia, reproducción o transformación se da con la experiencia de las personas. Actualmente, la arquitectura —en términos simbólicos y en las representaciones sociales— se considera un trabajo femenino por sus actividades en torno al diseño y la decoración de los espacios. En el mercado laboral, algunos arquitectos que han continuado y buscado el ejercicio de su profesión compiten con los ingenieros civiles y, en menor medida, con los albañiles que trabajan por cuenta propia, ambos considerados trabajos masculinos (Cadena, 2008).

Con las representaciones del trabajo también encontramos una diversa y compleja construcción de espacios para desempeñarlo, cada vez más al ritmo de las transformaciones tecnológicas y el ingenio de la población. La experiencia de Daniela, una mujer de 35 años que actualmente se dedica al hogar y al comercio por internet, muestra los diferentes espacios que ha construido o utilizado para ejercer sus actividades económicas.

Su principal actividad ha sido el comercio para apoyar alguna causa social o religiosa, y a partir del nacimiento de su primera hija la ha realizado para obtener ingresos. Su segunda actividad

ha sido su oficio de estilista, que ha ejercido como empleada y por su cuenta, estableciendo su propio negocio con servicio a domicilio, aunque recientemente la suspendió por la llegada de dos bebés más, hija e hijo, principalmente por falta de tiempo, por lo que ha preferido rentar su local y trabajar en la venta de diversos productos por internet, para lo cual retomó las nociones sobre el uso de la computadora e invirtió tiempo para familiarizarse con el uso de las redes sociales. Comenta que estas actividades le han permitido obtener un ingreso económico o en especie, pues a veces intercambia productos por despensa o por otros objetos para solventar las necesidades familiares y sacar adelante algunos gastos de la casa, sobre todo cuando su esposo se llega a quedar sin empleo. Al mismo tiempo, valora el tiempo que esta actividad le deja para estar con su familia, en su casa, organizar sus actividades y, sobre todo, mantenerse en contacto con amigas y conocidos, pues a partir de la llegada de su segunda hija y su tercer hijo su vida social se vio restringida.

La construcción o uso de espacios, físicos y virtuales, para el trabajo desde la experiencia de las personas responde a diversos factores sociales que influyen en su vida (familiar, disponibilidad al uso tecnológico, afectividad, deseos, entre otros). Por su parte, las representaciones del trabajo son dinámicas, cambiantes a lo largo de la vida; es decir, las formas de concebir el trabajo pueden cambiar según el contexto histórico o la etapa de la vida.

Otro ejemplo lo encontramos en la experiencia de Alberto, un joven de 22 años que desde muy pequeño ayudaba a sus padres en sus labores. Así, desde los siete años, Alberto los auxiliaba en los puestos que instalaban en deportivos y parques, vendiendo dulces o juguetes para niños; además, compraba mercancía (cosméticos, dulces, galletas) o usaba catálogos para vender entre sus familiares. Cuando tenía 16 años participó con su papá en la instalación de un café internet y a los 18 años costeara sus estudios con lo que

sacaba en el taxi de su papá cuando éste, en ocasiones, entraba a trabajar como técnico en alguna fábrica.

Actualmente, Alberto está concluyendo sus estudios de contabilidad y aprendiendo inglés, lo que le permitió obtener su actual empleo en una empresa transnacional que ofrece servicios de contabilidad, auditoría y finanzas a otras empresas transnacionales. En su relato, la percepción de Alberto sobre el trabajo ha transitado de no reconocer sus actividades económicas como trabajo (pues para él trabajar implicaba una relación con un patrón o empresa) a anhelar no trabajar, pero sí tener su propio negocio, y actualmente expresa el agrado por el trabajo que realiza en la empresa, sobre todo por el horario, los viajes que promete a otras ciudades o países y el reconocimiento familiar y social que le atribuye, al sentir que tiene y ha logrado un trabajo formal.

De esta manera, llegamos al ámbito afectivo, que también se encontró en las representaciones del trabajo; estas representaciones no son sólo ideas preconcebidas o imágenes sobre algo, sino que se encuentran en las decisiones y los motivos de las personas y van acompañadas de emociones, sentimientos o estados de ánimo. Por ejemplo, en la experiencia de José, un hombre de 39 años, abogado y actor de profesión, que ha trabajado en diferentes instancias gubernamentales, desempeñándose en puestos de nivel medio y realizando actividades de asesoría y protección social. Afirma que varias veces ha renunciado a sus trabajos por el deseo de realizar actividades artísticas o para su desarrollo personal. Cuenta que unos amigos le ofrecieron trabajar como abogado en su pequeña empresa, pero no aceptó por las condiciones que le plantearon; más bien, pudo acordar una forma más “flexible”. Esta resistencia o negativa al trabajo que le habían ofrecido tuvo en su momento la siguiente reflexión: “Si acepto el trabajo, me estoy comprometiendo a cubrir cierto horario... ¡como obrero! Tendría que estar a la hora que ellos quisieran y me sentiría presionado. Sin embargo,

si lo acepto como asesor, podría negociar, estar sólo unos días, aunque el sueldo no sea el mismo”. Como se observa, la imagen del obrero fue relacionada con un horario fijo de trabajo, pero el efecto de esta relación simbólica se observa con las sensaciones o los sentimientos que le producen a la persona.

Otro relato es el de Alejandra, una joven diseñadora gráfica de 30 años. Ella se dedica principalmente a la elaboración y el diseño de páginas *web* por su cuenta (*free lance*) y desde su casa. Sin embargo, en diferentes pláticas expresó el anhelo de encontrar un trabajo que le proporcione estabilidad laboral, pues algo que le causa “fastidio” de su trabajo es percibirse aislada de la vida, en su casa, pegada a la computadora y peleando con los clientes que no pagan a tiempo. De esta manera, en contacto con sus clientes, le propusieron trabajar en un proyecto en una universidad, realizando un catálogo virtual. Alejandra aceptó ilusionada con recibir un pago seguro durante un periodo de tiempo por su trabajo, pero en la dinámica diaria las condiciones de trabajo no eran las esperadas, pues muchas labores las realizaba en su casa, por la falta de equipos en la oficina, además de que la carga de trabajo aumentó más de lo pactado en un principio con su jefa. Esto no le gustó, y luego de hacer una evaluación acerca de cómo se sentía antes y cómo se sintió después decidió renunciar. Y continuó trabajando por su cuenta; sin embargo, su anhelo por un trabajo con sueldo fijo o estable la hizo aceptar un nuevo empleo, esta vez para la empresa de un actor reconocido.

En esos momentos, Alejandra se mostraba entusiasmada por el ambiente de trabajo; invirtió en ropa nueva y se trasladaba todos los días del norte al sur de la ciudad. Esto duró un par de meses, pues con el tiempo se sintió molesta por las relaciones con los compañeros; decía que “la costumbre de trabajar sola desde mi casa me ha hecho gruñona y antisocial, no soporto no tener mi propio espacio de trabajo”. Esta situación, al poco tiempo, la llevó

al límite de su paciencia y prefirió renunciar. Actualmente trabaja por su cuenta, aunque el deseo de obtener un sueldo fijo y lograr una estabilidad económica y social, a través del trabajo, le sigue atrayendo mucho.

En la experiencia de Alejandra se puede identificar que las representaciones del trabajo, además de ser imágenes preconcebidas, le producen agrado y desagrado por ciertas condiciones de vida, las cuales motivan la acción de las personas, pero no todo el deseo cumplido corresponde al buen estado afectivo e ideal. La tensión entre distintas representaciones del trabajo a escala personal se acompaña por una tensión afectiva, repercutiendo en las decisiones y motivaciones de las personas, mientras que a escala social —la tensión entre distintas representaciones del trabajo— participa en la producción de diferenciaciones y desigualdades sociales (Cadena, 2010).

El trabajo puede ser objeto de deseo o no; puede tener características que lo hacen pensar o sentir agradable, desagradable, difícil o divertido, pero estas formas de concebirlo sólo se entienden mejor en el nivel de lo simbólico, es decir, en las relaciones que se acuerdan entre significados y significantes de manera personal, social e institucional, las cuales se van transformando en el desarrollo de la vida social e histórica (Castoriadis, 1983 y 1989; Durand, 1968; Leach, 1985).

Reflexiones finales

La trayectoria del trabajo en la ciudad y las experiencias laborales lo muestran como práctica social y humana (Marx, 2001) que se realiza todos los días por hombres y mujeres. La realización o el desempeño de cualquier trabajo u ocupación contribuye a la construcción, el uso y la apropiación de espacios diversos para el trabajo que dialogan entre lo público y lo privado de la vida social.

En la trayectoria del trabajo en la ciudad, en sus diferentes periodos, se puede observar que las formas de realizarlo, organizarlo y simbolizarlo no han sido siempre iguales. La actividad social que se genera en la ciudad por el trabajo en cada contexto histórico ha sido de carácter público, entendiendo lo público como construcción social que surge del encuentro, la comunicación y las relaciones sociales que se entablan, que pueden ser conflictivas, fragmentadas, desiguales y contradictorias (Ramírez, 2015).

Algunas problemáticas del trabajo de la actualidad (informalidad, precarización y desempleo) dialogan fuertemente con las formas de trabajo que se gestaron en un periodo anterior (ciudad prospera vs. ciudad transnacional). Con esta pugna entre lo que fue y lo que ya no es, las representaciones y los imaginarios sociales del trabajo participan en las dinámicas y en el simbolismo de la vida urbana, y por lo tanto en la producción de lo urbano de la ciudad (Wirth, 2005).

Al trabajar, las personas participan y utilizan la ciudad de maneras diversas, distintas, y en muchas ocasiones de manera desigual, porque el trabajo proporciona a quienes lo realizan (y a su familia) acceso a ciertos beneficios y condiciones para vivir en la ciudad, pero también es portador de diferenciadores sociales que estigmatizan u otorgan prestigio a la ocupación, que se extienden a las personas que lo realizan.

Este simbolismo sólo puede entenderse por la relación entre los distintos ámbitos que lo integran. Hasta el momento se han identificado y analizado cinco ámbitos de este universo simbólico: genérico, temporal, espacial, afectivo y estético. Cada uno se compone por tipos de relación entre dos o más aspectos de la vida (tabla 2).

Tabla 2
Ámbitos de las representaciones del trabajo

<i>Ámbito</i>	<i>Relación simbólica</i>	<i>Observación empírica</i> <i>(algunos ejemplos)</i>
Genérico	Asociación del género con un conjunto de actividades o tareas.	Las actividades que implican el cuidado de los niños (educadora), la belleza de espacios o personas (decoradores, arquitectos o estilistas) se piensan femeninos.
	Asociación de un conjunto de actividades a hombres o mujeres desempeñándolas en un lapso de tiempo.	El ámbito del trabajo fue pensado, muchos años, exclusivo de los hombres.
Temporal	Asociación de actividades con una jornada por horas, días, semanas, meses, etcétera.	El día se divide en tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo (recreación, ocio, familia, descanso). Así, el año está dividido entre trabajo y vacaciones, etcétera.
	Asociación de actividades u ocupaciones con ciertos momentos de la vida.	En la actualidad, una etapa de la vida se considera tiempo de formación para el trabajo (preparatoria, universidad, cursos). Por otra parte, cuando se trabaja se piensa en la vejez o la jubilación como momentos donde ya no se trabajará.
Espacial	Asociación de actividades u ocupaciones con lugares o ciertos espacios.	Hay espacialidades que se construyen para el trabajo. Una casa es lugar de residencia y descanso cuando el trabajo no se desempeña en ella; en el caso de las empleadas domésticas, una residencia se convierte en su lugar de trabajo. Así, también el traslado (cada vez mayor en la Ciudad de México) es parte de la espacialidad que se construye en torno al trabajo. Incluimos el ciberespacio como una construcción espacial para el trabajo de programadores, diseñadores <i>web</i> , etcétera.

Tabla 2 (continuación)

Afectivo	Asociación de actividades u ocupaciones con sensaciones, estados de ánimo, sentimientos o emociones.	Hay ocupaciones que socialmente causan desagrado, enojo o compasión, como la de abogado, político, sacerdote, sexo-servicio, etc., por las diferentes experiencias o información mediática que se construye de ellos.
Estético	Asociación de la imagen que se construye con la vestimenta, el uniforme, los accesorios, las herramientas o los materiales con los que se realiza algún tipo de actividad u ocupación con los valores y calificativos que socialmente se han establecido.	Es muy común que las vestimentas que impliquen un traje sastre y que el trabajo signifique el contacto con equipos tecnológicos, como una computadora, una maquinaria especializada, etc., agraden y sean mejor valorados que una vestimenta sucia y herramientas o materiales como el polvo o los desechos.

Fuente: Elaboración propia.

Por lo tanto, la informalidad que caracteriza la situación laboral de la ciudad debe analizarse con las experiencias de quienes la practican y la viven. Así también, las problemáticas y la ciudad misma no pueden comprenderse sin la experiencia y subjetividad de sus habitantes, sobre todo cuando se pretenden o proponen transformaciones o cambios que promuevan la inclusión social. En este sentido, el conocimiento de la dimensión simbólica de la ciudad no debería ser un temarelegado u ocioso; por el contrario, debería apuntar a responder qué tipo de ciudad se está construyendo o se pretende construir.

Bibliografía

- Barbosa, Mario (2008). *El trabajo en las calles. Subsistencia y negociación política en la ciudad de México a comienzos del siglo xix*. México: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa.
- Cadena, Yutzil (2010). “Representaciones del trabajo: miradas sociales de albañiles y arquitectos en la ciudad de México”. Tesis de maestría en estudios sociales. México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- Cadena, Yutzil (2015). “Imaginarios laborales: percibir, significar y representar el trabajo en la ciudad de México”. Tesis de doctorado en ciencias antropológicas. México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- Carrera Stampa, Manuel (1954). *Gremios mexicanos. La organización gremial en la Nueva España, 1521-1862*. México: Ediapasa.
- Castoriadis, Cornelius (1983). *La institución imaginaria de la sociedad I*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Castoriadis, Cornelius (1989). *La institución imaginaria de la sociedad II*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Cruz, Francisco (1960). *Las artes y los gremios en la Nueva España*. México: Jus.
- Duhau, Emilio, y Ángela Giglia (2008). *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco/Siglo XXI Editores.
- Friedmann, George (1961). *¿A dónde va el trabajo humano?* Buenos Aires: Sudamericana.
- Friedmann, George (1992). “El objeto de la sociología del trabajo”. En *Tratado de sociología del trabajo I*, editado por George Friedmann y Pierre Naville. México: Fondo de Cultura Económica.

- Garza Toledo, Enrique de la (2007). “Hacia un concepto ampliado de *trabajo*”. En *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales*, compilado por Julio César Neffa, Enrique de la Garza Toledo y Leticia Muñiz Terra, 111-140. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Giglia, Ángela (2012). *El habitar y la cultura: perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos.
- Illades, Carlos, y Mario Barbosa (2013). *Los trabajadores de la ciudad de México, 1860-1950*. México: El Colegio de México/ Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía, inegi (s.f.). Tabulados Básicos y Otros Indicadores de Ocupación, trimestre IV 2014. En Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo [en línea]. Disponible en: <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/encuestas/hogares/regulares/enoe/default.aspx>> [Consulta: enero-marzo de 2015].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía, inegi (2012). “Empleo informal”, boletín de prensa núm. 449/12 [en línea]. Disponible en: <<http://www.inegi.org.mx>> [Consulta: enero de 2015].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía, inegi (2015). “Resultados enoe. Cifras durante el cuarto trimestre de 2014”. Boletín de prensa núm. 63/15 [en línea]. Disponible en: <<http://www.inegi.org.mx>> [Consulta: marzo de 2015].
- Jodelet, Denise (2008). “El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales”. *Cultura y Representaciones Sociales*, 3, 5: 32-63.
- Leach, Edmund (1985). *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos. Una introducción al uso del análisis estructuralista en la antropología social*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

- Marx, Karl (2001). *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* [en línea]. Disponible en: <<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/>>.
- Nieto Calleja, Raúl (1997). *Ciudad, cultura y clase obrera. Una aproximación antropológica*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Culturas Populares.
- Nieto Calleja, Raúl (1998). “Lo imaginario como articulador de los órdenes laboral y urbano”. *Alteridades*, 8, 15: 121-129.
- Organización Internacional del Trabajo, oit [s.f.] “El programa de trabajo decente”. *Organización Internacional del Trabajo* [en línea]. Disponible en: <<http://www.ilo.org/global/topics/decent-work/lang-es/index.htm>> [Consulta: febrero de 2015].
- Pérez, Sonia (2011). *Trabajadores, espacio urbano y sociabilidad en la ciudad de México, 1790-1867*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa.
- Ramírez Kuri, Patricia (2015). “Espacio público, ¿espacio de todos? Reflexiones desde la ciudad de México”. *Revista Mexicana de Sociología*, 77, 1 (enero-marzo): 7-36.
- Sahlins, Marshall (1997). *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica*. Barcelona: Gedisa.
- Vergara Figueroa, Abilio (2001). *Imaginarios: Horizontes plurales*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Wirth, Louis (2005). “El urbanismo como modo de vida”. *Bifurcaciones*, 2 [en línea]. Disponible en: <www.bifurcaciones.cl/002/reserva.htm> [Consulta: julio de 2012].



La erosión del espacio público en la ciudad neoliberal,
editado por el Instituto de Investigaciones Sociales y la
Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional
Autónoma de México, se terminó de imprimir en
diciembre de 2017 en los talleres de Navegantes de la
Comunicación Gráfica, S.A. de C.V., ubicado en
Pascual Ortiz Rubio No. 40, Col. San Simón Ticumac,
Portales, Del. Benito Juárez, Ciudad de México.
La composición tipográfica se hizo en ArnoPro-Bold y
ACaslonPro-Italic. La edición en offset consta de 1 000
ejemplares en papel cultural de 75 gramos.

